humano le queda, decir *adios* (verso 41) á sus perdidas esperanzas. La despedida de lo que amamos es el último momento de felicidad que nos liga con ello, es la transición del bien al mal; pero transición en que todavía hay bien, porque está presente el objeto de nuestros deseos: el viajero dice *adios* á las playas natales hasta que las pierde de vista; el amante saluda á su querida mientras que el espacio no la oculta á sus ojos.

Continuando el poeta la expresión de sus sentimientos, por medio de una gradación propia, todavía dirige una interrogación tierna (verso 42); y hasta que considera perdida toda esperanza, entabla una desconsoladora comparación entre su destino y el de los objetos que tiene presentes (versos 43 á 47).

Abismado en su melancolía se distrae completamente; sus sentidos corporales le dominan y le fijan en las cosas sensibles; llega á olvidar que un espíritu anima su cuerpo, y sólo percibe que sus días felices no volverán, como ha de volver la primavera. ¡Pensamiento profundo! el materialismo hace al hombre inferior á la yerba que pisa, á la hoja que el huracán arrebata; el materialismo, que todavía no está probado científicamente. Pero Navarrete sabe que existe algo más allá de este mundo, tiene esa creencia consoladora, y sus gemidos se convierten en una dichosa calma *recordando* su destino inmortal. ¿Qué consuelo más sublime, más completo, podía encontrar la imaginación del poeta?

48 Pero ¿qué rayo ¡ay Dios! á mi alma enciende?
49 ¡Ah! luz consoladora,
50 Que del solio estrellado se desprende.....
51 Más allá de la vida fatigada.....
52 Sí, de la vida cruel que tengo ahora,
53 Cuando sea reanimada
54 Esta porción de tierra organizada,
55 Entonces, por influjos celestiales,
56 En los campos eternos
57 Florecerán mis gustos inmortales
58 Seguro de los rígidos inviernos.

Esta conclusión es breve como debe serlo, porque un recuerdo viene instantáneamente y trae otros de la misma manera, produciendo un conjunto de raciocinios y consecuencias. Así Navarrete recuerda repentinamente que hay una vida mejor que ésta, y en el mismo momento se consuela: no hay necesidad para ello de largos y profundos discursos, porque no se trata de convencer, sino únicamente de recordar una creencia que no necesita pruebas.

La metáfora de que se vale nuestro autor (verso 48 y siguientes) es muy propia, porque la luz es un agente á propósito para simbolizar la claridad de la concepción intelectual y la velocidad del pensamiento: el poeta percibe inmediatamente los campos *eternos*, los gustos *inmortales*, de manera que cuando concluímos la lectura de la poesía que nos ocupa, no podemos menos de exclamar con un escritor: ¡Dichosos los que creen! Porque, en efecto, si después de sufrir todas las adversidades, de probar todos los desengaños, de perder todas las ilusiones, hubiéramos de terminar con la vida terrestre, no quedaría al hombre otro recurso en sus males que la desesperación y el suicidio. Pero ¡qué aspecto tan diferente toma la vida humana cuando se considera como un momento de prueba, como el tránsito para una vida mejor! Entonces, allá en medio de nuestras silenciosas reflexiones, podemos elevar los ojos al cielo y preguntarnos dónde estará ese mundo desconocido que habitaremos algún día, y cuál es el lugar en que moran los seres amados que nos arrebató la muerte.

Sub pedibusque vident nubes et sidera.

Tales son las reflexiones que sugiere la composición de Navarrete. En cuanto á su forma, fácilmente se observa que el lenguaje es correcto, la versificación sonora y el estilo posee convenientemente un tono melancólico.

Los defectos que se notan son tan pocos, que no bastan á destruir la calificación de *excelente* que merece, en nuestro concepto. En el verso 5º se usa impropiamente el substanti-

vo *esqueleto* al parecer como adjetivo en lugar de *desnudo*, *seco* ú otro calificativo semejante, lo cual se remedia con poner una coma entre tronco y esqueleto como acaso escribió el autor; el verso 53 carece de soltura, porque dos ocasiones usa el poeta la sinéresis contrayendo *se-a* y *re-animada*. Ya hemos visto antes que Meléndez y otros usan *sea* como de una sílaba; pero también hemos reprobado el abuso de la sinéresis, y en el presente caso no está bien que se repita dos veces en un mismo verso. En el 30, *aunque* se usa como de dos sílabas teniendo tres; pero éste es uno de los casos en que no es censurable nuestro autor, en primer lugar, porque no hay otra contracción inmediata que debilite el verso, y en segundo lugar porque es comunísimo en los poetas españoles usar *aun* como diptongo.

Las *Elegías* de Navarrete tienen el mismo carácter que la *Noche triste* y *Los ratos tristes*, y no hay nada notable que añadir respecto de ellas, si no es que nos parecen de menos mérito.

En las poesías sagradas de nuestro autor, lo primero que llama la atención es el poema eucarístico intitulado *La Divina Providencia*.

El poeta comienza por manifestar el error en que ha incurrido otras veces dedicando sus poesías á las cosas frágiles del mundo; pero añade que la verdad le alumbra desde el cielo, y que elevará sus cantos para alabar á la Providencia Divina. Sin embargo, conociendo su insuficiencia para desempeñar asunto tan elevado, exclama con fuerza:

¡Oh! si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia,
Entonces la poesía
Empleara como debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos
Sus sienes ceñiría
Con un laurel eterno
Que no lo marchitara el crudo invierno.

Dirigiéndose después al hombre para qne advierta los cuidados que Dios le dispensa, dice con acento agradecido:

Alza, mortal, los ojos, ve y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando
La fuente perenal de sus ternezas:
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable Providencia.

Pero ¿de qué manera más elocuente se puede ensalzar la Providencia Divina, si no es describiendo sus admirables obras? Penetrado el poeta de esta verdad pasa á hacer una pintura de las diferentes escenas de la naturaleza comenzando por esta agradable descripción:

Ríe el alba en los cielos, avisando
Que viene el claro día,
Y luego asoma el sol resplandeciente,
A cuyo fuego blando
Restaura su alegría
Y su vital calor todo viviente:
Sólo Dios puede ser tan providente.
Su infatigable empeño
Aun en lo más pequeño
Se muestra cuidadoso:
Porque ¿quién sino el Todopoderoso
Dice á las aves, al dejar sus nidos,
Que vuelen en bandadas
A los anchos y fértiles egidos,
Para volver cargadas
A socorrer sus míseros hijuelos,
Que al padre de los cielos
En flébiles píadas
Le piden el sustento?
Sólo Dios puede hacer este portento.

¡Con qué oportunidad, más adelante, pone en contraposición la unidad filosófica de Dios con la pluralidad anárquica de la teología griega!

> Todo lo riges acertadamente,
> Sin que lleve Eolo
> El carro de los vientos, ni Neptuno
> El cerúleo tridente:
> Porque tu cetro sólo,
> Tu cetro de esplendor, y no otro alguno,
> Sobre el vasto universo representa
> El gobierno de Dios que lo sustenta.

Pero si hubiéramos de señalar cuantas bellezas contiene el poema, sería necesario copiarle todo, porque apenas se descubre en él uno que otro lunarcillo, algún adjetivo impropio, rara expresión prosaica, rarísimo verso flojo. Lo que domina en la composición de Navarrete son los pensamientos filosóficos, la propiedad en las voces, la elevación del estilo y una versificación sonora y robusta. El poeta desempeñó bien el asunto que escogió; y el asunto no podía ser más sublime, el mismo que cantaron los poetas hebreos: en ellos es donde se ve, con su carácter primitivo, la idea de Dios como dueño y providencia del mundo; Dios separado de la materia, distinto de la naturaleza, y personificado en su unidad absoluta. Bajo este concepto, la imaginación no concibe al Sér Supremo, en sí mismo, porque sería profanar su esencia puramente espiritual, sino que se fija en las relaciones entre Dios y el mundo que ha creado.

Otro poema de nuestro autor tiene por objeto celebrar la Concepción inmaculada de María Santísima, y lo hace con entusiasmo: casi todo el poema se halla escrito en octavas, y sus pensamientos y figuras son propias del género religioso á que pertenece. Pocos defectos se encuentran en esta composición.

La alma privada de la gloria es el título del tercer poema de Navarrete, y haremos adelante análisis particular de esa

composición, para formarnos una idea más completa de nuestro autor.

Además de las composiciones referidas, Navarrete produjo otras muchas, ensayando todos los géneros y todos los metros: entre ellas hay algunas que carecen de mérito; pero otras son dignas de mencionarse.

En 1809 escribió un canto en octavas, á honor de Fernando VII, de mérito tan notorio, que fué premiado por la Universidad de México, con dos medallas de oro y cuatro de plata. Tratándose de una composición ya juzgada, nos creemos dispensados de analizarla.

De tres letrillas que se encuentran entre las composiciones sueltas de Novarrete recomendamos la intitulada *Rosa del valle.*

Entre otra clase de poesías cortas de Navarrete pueden pasar como de algún mérito los *Juguetillos á Clori*, alguna décima, alguna fábula, varios epigramas, una silva y un idilio.

***

La composición que vamos á examinar ahora "La alma privada de la gloria" pertenece al género de los llamados *poemas menores*, los cuales se especifican con diversos títulos que indican su objeto. Navarrete dió al suyo propiamente el calificativo de *lúgubre* porque, en efecto, nada más triste como el cuadro que se propuso pintar, es decir, el de un mal que no tiene fin. Las penas de la vida por horribles que sean encuentran un remedio infalible que es la muerte; pero la imaginación se pierde aterrorizada ante el espectáculo de *penas eternas.* Como nuestra obra es puramente literaria, no nos toca discutir el efecto moral que produce la creencia en la eternidad de las penas; pero no hay duda que son de un efecto artístico evidente, y excede al que puede presentarse con el infierno de los antiguos griegos, donde las penas se miden

por las de la vida terrena, así es que no excitan en nuestro ánimo ninguna impresion viva.

La descripción del infierno cristiano no se ha desempeñado, sin embargo, á entera satisfacción de los críticos, y Dante, Tasso y Milton han sufrido censuras, aunque concediéndoles trozos excelentes: bastan esos trozos, principalmente en Dante, para conmover vivamente, y para que la imaginación conciba hasta dónde puede llegar el dolor.

Hechas estas reflexiones, veamos cómo Navarrete desempeñó su tarea en los límites que se propuso.

1 Para triste desahogo de la pena
2 Que en lo interior me agita,
3 Lloro la triste y espantosa escena
4 Del alma en el instante
5 Que escucha la sentencia de precita.

Introducción en que el poeta manifiesta el objeto de su escrito. En el verso primero hay una sinéresis [en *desahogo*] de las que creemos permitidas.

6 Vuelve á mis manos, vuelve,
7 Mi cítara sonante,
8 Que en más alegres días
9 Acompañabas mis festivos versos.
10 Hoy el numen resuelve
11 Que lleves el compás de la alegría,
12 Y por tonos diversos
13 La acompañen tus cuerdas, entretanto
14 Que desato los diques de mi llanto.

Apóstrofe que dirige el poeta á su lira. En este trozo y el anterior se expresa un sentimiento muy natural: el hombre cuando está dominado de una pasión, quiere desahogarse hablando, llorando, manifestando sus ideas por signos exteriores.

Por tonos (v. 12): parece que debería usarse aquí la preposición *con;* pero está bien *por*, pues el poeta lo que trata de indicar es *el modo* con que las cuerdas de la cítara acompañan la alegría, es decir, *por medio de* tonos diversos.

15 Luego que la memoria me presenta
16 Como en vasto proceso mis delitos,
17 De que se turba la horrorosa cuenta,
18 Entonces la tormenta
19 Crece de mis temores y conflitos:
20 Y entonces, cual si fuese arrebatado
21 Al tribunal temible
22 Del Juez contra mis culpas irritado,
23 Miro su rostro de furor bañado,
24 Escucho de su boca la terrible
25 Sentencia de dolor y llanto eterno:
26 Siento el brazo de un Dios irresistible
27 Que me arroja á las llamas del infierno.

Dante se contentó con ver por sus propios ojos las penas de los condenados; pero Navarrete quiso producir mayor efecto considerándose *él mismo* sentenciado por Dios, y efectivamente, es el punto hasta donde puede llevarse la imaginación.

Conflitos (v. 19) en lugar de *conflictos* es una licencia poética de las permitidas.

Llanto eterno (v. 25). Locución concisa y expresiva para demostrar de una manera sensible las penas del infierno.

Dios irresistible (v. 26). Fr. Pedro Manero, autor de lenguaje castizo, dice en su *Apología de Tertuliano:* "Los espíritus son fuerzas casi *irresistibles.*" En el mismo sentido usa Navarrete el adjetivo *irresistible*, con mucha propiedad: omitiendo el *casi* como conviene á la idea que tenemos del poder de Dios. La locución de Navarrete hace palpable nuestra debilidad, respecto á la fuerza del Todopoderoso.

28 Desde que este cuidado me rodea,
29 Melancólico vago por el mundo
30 Como hurtando el semblante á la alegría.
31 Conforme sólo con mi triste idea
32 Son tus lúgubres sombras, tu profundo
33 Silencio, noche obscura. El claro día
34 En vano para mí su luz enciende:
35 La ciudad, su rumor, todo me ofende,
36 El espanto se sigue á la tristeza,
37 Y el más leve rüido

38 Me parece el horrísono estallido
39 De un rayo que me hiende la cabeza.
40 La imagen de la muerte á cada instante
41 Se me pone á los ojos;
42 Pero aun más me horroriza tu semblante,
43 ¡Eterno Dios! de donde se desprende
44 Contra mi alma el raudal de tus enojos
45 Que en tu furor la enciende.
46 ¿Fallezco? en el instante me parece
47 Que el hermoso espectáculo del mundo
48 Con sempiterna noche se oscurece.
49 Sale del hondo pecho, el más profundo,
50 El último suspiro, en que lanzada
51 Va mi alma á tu presencia
52 De crímenes horrendos acusada,
53 Y herida de tu voz como de un trueno,
54 De tu justicia escucha la sentencia
55 De un eterno castigo irrevocable;
56 Atérranla tus ojos, y el sereno
57 Resplandor de tu rostro le parece
58 Nube que anuncia rayo formidable
59 Cuando truena el Olimpo y se enardece.

El trozo anterior es notable por la viveza del colorido.

Desde que este cuidado, etc. (v. 28 á 35). Todo esto es conforme á la verdad. El hombre poseído de una pasión fuerte no camina con un fin determinado; *vaga*, es decir, anda de una parte á otra sin objeto alguno, sin fijar su atención. La soledad, el silencio, es lo que busca el que está agitado por una idea; la *ciudad*, el *rumor* le molestan, porque no quiere que nada le distraiga de su pensamiento, le corte el hilo de sus reflexiones. Los caracteres apasionados gustan de la soledad, porque alimenta su pasión, porque la hace mayor el contraste con la calma que la rodea, ó bien porque el alma engañada cree que los males que la oprimen se alivian ocupándose en ellos exclusivamente.

El más leve ruido, etc. (v. 37 á 39). Estos versos pintan bien la situación del que teme, porque cualquier cosa le sobresalta y le pone fuera de sí mismo.

Horrísono estallido, *rayo* (versos 38, 39) son voces onomatopeyas que producen la *armonía imitativa*.

En los versos siguientes el poeta continúa la gradación de las imágenes que le aterran, la muerte y el rostro airado de Dios.

El último suspiro (verso 50) es una locución donde el arte puede haber colocado una palabra esdrújula antes de una grave, que producen un sonido armonioso, como sucede también en este verso de Rioja, que el de Navarrete hace recordar.

El último suspiro de mi vida.

No son de menor efecto las imágenes que el poeta usa en los versos 53 y siguientes para expresar *la ira de Dios*. El espanto que tiene sobrecogida su alma en el trance que pinta, no hace inverosímil que aun *el sereno resplandor* que lanza el rostro del Eterno *le parezca una nube*.

Respecto á la alusión mitológica con que concluyen los anteriores versos, véase lo que antes hemos dicho en defensa de Navarrete.

Descendiendo á otra clase de observaciones, nótese que en el verso 28 nuestro autor ha medido bien la palabra *ro-de-a* que suele ser uno de los escollos en que tropieza. En *rüido* comete una diéresis, pero muy común en todos los poetas. El verso 43 es cacofónico por la concurrencia de seis *d*.

60 Id ahora, delicias de la vida,
61 A dar algún consuelo
62 A mi alma por vosotros afligida.
63 Halagüeñas delicias..... no queda una
64 De tantas que en el suelo
65 Ciñeron el laurel á mi fortuna.
66 Todas desparecieron
67 Como un sueño, de mi alma, y de repente
68 Al caos de la nada se volvieron.

Hace siglos que el filósofo Séneca emitió este profundo pensamiento: "que es una desgracia haber sido siempre feliz,"

porque estando sujeta la vida humana á tantos vaivenes, cualquiera de ellos causa más efecto en la persona que no está fortalecida por el infortunio, la cual, cuando llega la desgracia, sufre principalmente por el recuerdo de sus días felices. Esta es la situación en que coloca Navarrete á su alma sufriendo en el otro mundo, y recordando las delicias de éste. El pensamiento de Séneca ha sido repetido, aunque con diferentes palabras, por Dante y otros escritores.

En el verso 60 el poeta mide bien la palabra *a-ho-ra*, que algunos suelen usar impropiamente como de dos sílabas *aho-ra*.

En *caos* (verso 68), está disuelto el diptongo, y debería haberse señalado con la crema.

69 Vosotros, mis amigos, id ahora
70 A socorrer á mi alma; mas ¿qué digo?
71 ¿Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente
72 A salvarla de la ira vengadora
73 Del Todopoderoso su enemigo?
74 ¿Del Dios cuya invencible fortaleza
75 Suscita las violentas convulsiones
76 De la naturaleza?
77 Que agitando los bravos aquilones
78 Impele las soberbias tempestades,
79 Inflama los obscuros horizontes,
80 Estremece los montes,
81 Y hasta el nombre les borra á las ciudades?
82 ¿Del Dios?..... pero el palacio refulgente
83 Está viendo con pasmo, el elevado
84 Solio de aquel monarca omnipotente:
85 La emperatriz augusta que á su lado
86 Goza de sus ternuras y caricias;
87 Ángeles infinitos que agrupados
88 Alrededor del trono están postrados;
89 Las cándidas doncellas
90 Que en sus puras delicias
91 Enguirnaldan las frentes con estrellas;
92 Santos todos; los justos bienhadados;
93 La corte de los cielos..... ¡oh dichosa
94 Morada! clama entonces la alma mía.

Las delicias del mundo que gozó el alma condenada no pueden consolarla ya, y entonces convoca á sus amigos (verso 69, 70); pero conoce inmediatamente que este recurso es también vano, y el poeta termina con un rasgo valentísimo, con dar á Dios el epíteto de *enemigo* (verso 73), que sin embargo parece muy poco á propósito, porque estamos acostumbrados á considerar á Dios como *nuestro padre*. No obstante esto, la teología cristiana puede autorizar el calificativo de que usa Navarrete, ateniéndonos á las siguientes palabras del Exodo (c. 33, v. 19): "Me compadeceré del que quiera, y haré misericordia al que me agrade." Con mucha razón, pues, un escritor puede suponer que Dios no quiere tener compasión de él, que no le agrada perdonarle, y en este concepto no sólo no hay impropiedad en el adjetivo *enemigo*, sino que es de un efecto admirable. ¡Qué mayor puede ser la infelicidad de la criatura, que tener de enemigo al *Todopoderoso!* Esto quiso significar Navarrete, y lo significó bien con el adjetivo *enemigo*, manifestando después (versos 74 á 81), por medio de conceptos brillantes, el poder inmenso de ese enemigo.

Algo de antropomorfismo parece haber en la descripción de los versos 82 y siguientes; pero obsérvese que los escritores se ven obligados á valerse de imágenes sensibles para representar el mundo espiritual. Dante dió al infierno la forma de un inmenso embudo, y al purgatorio de una montaña; el cielo se componía de diez esferas adonde atraído el poeta por Beatriz penetró sucesivamente. En las sagradas escrituras el profeta Isaías y el apóstol San Juan han hecho descripciones magníficas del cielo; pero San Pablo nos advierte "que el ojo no ha visto, que el oído no oyó, que el corazón del hombre no ha sentido lo que Dios prepara á los que le aman." (Cor. II, 9.)

Enguirnaldar (verso 91) es palabra castiza aunque poco usada, significando "adornar con guirnalda," y si bien es cierto que *guirnalda* se toma comunmente por una corona abierta,

tegida de flores, ramos ó yerbas; no creemos que haya impropiedad en suponerla de otra materia, y la prueba es que la palabra antigua *enguirlandar* (por *enguirnaldar*) significa simplemente *adornar*.

Los censores sistemáticos de Navarrete encontrarán en el último verso de los copiados, algo que observar en la palabra *mía*, porque según Sicilia, en su *Ortología* y *Prosodia*, es diptongo, y Navarrete la usa como de dos sílabas. Sin embargo, diremos que los poetas españoles, antiguos y modernos, que hemos consultado, usan generalmente *mí-a*.

95 Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!
96 Allí asomas con plácida alegría
97 Y deliciosa calma.
98 Gózate, pues ya tienes
99 Recompensado el mérito de tu alma.
100 Gózate ¡oh madre! en infinitos bienes.
101 Pero qué ¿la blandura de tus ojos
102 Con miradas crueles me retiras?
103 Objeto es de tus iras
104 El que sufre del cielo los enojos?
105 ¡Ay! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho
106 Que en el mundo te dí cuando espiraste
107 Y triste me dejaste
108 En abundantes lágrimas deshecho.
109 ¿No me oyes? ¿no me ves? ¿no me conoces?
110 ¡Ay! mírame por último agradable;
111 No seas inexorable
112 Al blando ruego de mis tiernas voces.
113 ¿Huyes de mi presencia?
114 Ni una vista me pagas, ni un abrazo,
115 Al hacer una ausencia
116 De que es la misma eternidad el plazo?
117 ¿Con tu hijo tan cruel? ¿con un pedazo
118 De tu vida? ¡ay de mí! con raudo vuelo
119 Te apartas de mis ojos..... ya te fuiste
120 Para otras partes del alegre cielo.

El trozo anterior es verdaderamente patético, es un cuadro perfecto de la *pena moral*. ¡Su misma madre, su ternísima madre, el sér que más ama en el mundo, aparta los ojos del

réprobo, porque está penetrada de la justicia con que Dios le castiga! El poeta se vale aquí también del efecto que produce el *contraste* entre los sufrimientos del réprobo y la *plácida alegría*, *la deliciosa calma* (versos 96 y 97) de un bienaventurado.

Blandura de tus ojos; miradas crueles (versos 101 y 102). Contraposición que ocurre aun en medio de una pasión fuerte: el réprobo estaba acostumbrado á que su madre le mirase con ternura, y naturalmente llama su atención la mirada *cruel* que ahora le dirige.

Los pensamientos de los versos 105 y siguientes son notables por su ternura.

En el verso 111 hay una contracción, en *se-as*, que le hace poco fluido.

Hacer una ausencia (verso 115). Nos parecería más propio *llegar*.

La locución del verso 116 es notable por la fuerza que encierra.

La suspensión del verso 119 completa muy bien la pintura que hace el poeta de la desaparición de su querida madre.

121 Pero ¿qué estoy mirando? ¡caso triste
122 Para mí, y de dolor el más profundo!
123 Allí el cómplice está de mi pecado.
124 Y ¿cuántos que en el mundo
125 Conocí pecadores? ¡oh! ¡dichosos,
126 Dichosos todos con envidia mía
127 Los que gozáis de Dios el dulce agrado,
128 Y os recrean sus ojos cariñosos!
129 ¡Dichosos! sí, mil veces, que ocupando
130 Las mansiones de luz, con armonía
131 De voces apacibles estáis dando
132 Gracias sin término á su autor: al mismo
133 Que fabricó con manos eternales
134 Las cárceles horrendas del abismo,
135 Y encendió las hogueras infernales.

Desapareció de la vista del réprobo la sombra de la madre, y vuelve los ojos al *cómplice* de aquel, aparición oportuna por-